

# Dos retratos de grupo. 90 años de la Generación del 27

---

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

---

Nueve años median entre una fotografía y otra, casi un decenio lleno de cambios políticos, sociales y, en lo que aquí más importa, poéticos. Comencemos por el segundo, un retrato de grupo tomado en la primavera de 1936 con motivo de la publicación de *La realidad y el deseo*, volumen en el que Luis Cernuda recoge su poesía hasta la fecha (la ya editada y la mucha que permanecía inédita). Fue un banquete en un restaurante madrileño y allí aparecen, junto al sevillano homenajead, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Concha Méndez y Manuel Altolaguirre, poetas todos de lo que más tarde se llamará Generación del 27. También están presentes Pablo Neruda, María Teresa León y otros. En aquel momento, los poetas que comparten mesa y mantel con Cernuda constituyen un grupo de amigos que representan, con algunos ausentes, lo mejor de la poesía española de la época y de su generación (la coincidencia de ambas coordenadas es importante porque en aquel instante siguen escribiendo poetas mayores como Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Miguel de Unamuno, no adscribibles al grupo, y en el caso de Jiménez, primero maestro y luego repudiado). Entre quienes por diferentes motivos no han acompañado a Cernuda ese día y en todos los recuentos constan como integrantes del mismo grupo poético están Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Jorge Guillén y Emilio Prados. Sí aparece en la fotografía José Bergamín, quien aunque las nóminas de la Generación del 27 suelen excluirlo fue estrictamente poeta coetáneo y editor, además, de varios de ellos, primero en Cruz y Raya y luego en la mexicana editorial Séneca. Pero aún hay otros que no comparecen en el blanco y negro fotográfico y entran sin embargo en el arco temporal trazado por las fronteras cronológicas de la generación. ¿Algunos nombres? José María Hinojosa, Juan Gil-Albert, Juan José Domenchina (que llegó a ser detestado por casi todos), su esposa Ernestina de Champurcín, Pedro Garfías o Juan Chabás.

¿Cómo se llegó allí, a ese salón del restaurante madrileño? Bergamín, ya citado, fue uno de los que ya dejó su enjuta figura en otro negativo (o negativos, porque hubo más de uno del mismo posado) en el homenaje a Góngora que se celebró en Sevilla finalizando el otoño de 1927, ahora hace noventa años. Aquí hay que establecer el germen, aperitivo largo tiempo

prolongado, de aquel almuerzo futuro. No se trató en esta ocasión de una comida o cena (aunque las hubo, y con pintorescos festejos privados, sembrados de anécdotas), sino de dos sesiones organizadas por el Ateneo de Sevilla y con el apoyo de Ignacio Sánchez-Mejías, el torero escritor a cuya muerte Lorca compuso la extraordinaria elegía que lleva su nombre. Acompañando a Bergamín, en el estrado estaban Alberti, Lorca, Chabás Guillén, Alonso y Diego, más algunas personalidades locales no tan conocidas. Local era también, aunque tímido y huidizo, Cernuda, quien se hallaba en la sala pero se quedó sentado en su butaca (fuera invitado o no a la fotografía, no parece que tuviera mucho interés en compartir imagen con Chabás, uno de los críticos que acogieron con tibieza si no negativismo su recién publicado primer libro, *Perfil del aire*).

Góngora, de cuya muerte se cumplía el tercer centenario, había sido preterido desde hacía largo tiempo y estos poetas jóvenes lo reivindicaron (Alonso le había dedicado su tesis doctoral en 1926). El cordobés representaba algo que todos ellos querían conjugar: tradición y vanguardia (Octavio Paz acuñaría más adelante y en otro contexto el sintagma “la tradición de la ruptura”). No sólo miraban atrás a un colega del pasado desde la posición rebelde y pugnaz de la juventud: admiraba de él su audacia sintáctica y capacidad metafórica, con sus fulgurantes imágenes. También volvieron muchos de ellos la vista hacia el cancionero tradicional, Lope y Garcilaso (Alberti lo había evocado en un poema de *Marinero en tierra*, y Altolaguirre escribiría su biografía). La libertad de Góngora a la hora de establecer analogías lindaba con un fenómeno reciente que llevaba años produciéndose en Francia y que había alcanzado cierto arraigo en España: el surrealismo. No todos lo cultivaron, ni mucho menos, pero entre los poetas del momento casi todos se vieron influidos por fenómenos en parte afines como el creacionismo y el ultraísmo (aquí habrá que incluir a Juan Larrea, residente en París).

En puridad, y por más que se busquen rasgos de una identidad común, los poetas del 27 fueron muy distintos entre sí, y los ejes de su amistad rara vez se establecieron de forma general, sino mucho más en pequeños grupos, subgrupos o hasta tandems, entre los que hay que incluir también las anti-patías y los rechazos. Al término Generación del 27 (término empleado por primera vez por Chabás y consagrado por Juan Valbuena Prat en su manual de literatura española), le han salido con el tiempo numerosas alternativas. Uno de los protagonistas, Cernuda, prefería Generación de 1925 atendiendo a una fecha promedio de las primeras publicaciones. El bien-intencionado o mixtificador marbete de Generación de la

Amistad parece desde luego inaplicable, o sólo pertinente si se ve con manga ancha y luz poética, es decir si se considera lo fugaz y elegíacamente se constata *cuán presto se va el placer* y cómo las relaciones personales están destinadas a la decadencia y la desintegración, minadas por la maledicencia, la incompreensión, el recelo.

*Seguro azar* es título de Salinas, un oxímoron que fue también utilizado, con una leve modificación, por su íntimo Guillén, quien escribió que estas confluencias en torno a Góngora y las “veladas literarias” correspondientes, con el encuentro de unos y de otros, fueron este endecasílabo tan generosamente repetido: “un buen azar que resultó destino”.

Nos fuimos a Sevilla.  
¿Quiénes? Unos amigos  
por contactos casuales,  
un buen azar que resultó destino,  
relaciones felices  
entre quienes, aún mozos,  
se descubren gustos, preferencias  
en su raíz comunes.

La falta de programa o asunción por parte de todos de los mismos postulados estéticos y la coincidencia temporal, aunque haya grandes diferencias en los libros de unos y de otros, hace que se pueda comparar a la Generación con el grupo mexicano de los Contemporáneos, agrupados en la revista homónima que se empezó a publicar un año después de aquel 1927. Pero los españoles mancharon mucho más papel en un elevado número de revistas y suplementos literarios radicados en diferentes ciudades (*Litoral*, *Carmen*, *Mediodía*, *Papel de Aleluyas*, el suplemento de *La Verdad*, *Verso y Prosa*, *Héroe...*). No obstante, junto a las publicaciones periódicas una antología fue providencial para la difusión del 27: la de Gerardo Diego, que vio la luz en 1932 y fue objeto de una segunda edición en 1934. *Poesía española. Antología 1915-1931* agavillaba poemas de algunos nombres mayores: Jiménez, los dos Machado, Unamuno y un escritor que por así decir vivió en tierra de nadie generacional, José Moreno Villa (1887). Tras ellos, Salinas, Guillén, Alonso, Larrea, Diego, Lorca, Alberti, Villalón, Prados, Aleixandre, Cernuda y Altolaguirre. Notables son de un lado la omisión de Hinojosa (el mayor surrealista español, que abandonó la escritura en 1931) y, de otro, la inclusión de Villalón, el mayor de todos los que empezaban a publicar estos años y que, sobre su obra neopopular por así decir chapada a la antigua, demostró tener una gran capacidad de evolución vanguardista, trunca por su larga enfermedad y repentina muerte tras ser operado en 1930.

La segunda edición de la antología de Diego, que sin duda tuvo un gran peso en la promoción de estos poetas, añadía numerosos nombres, tanto anteriores como adscribibles a la Generación; entre estos, Mauricio Bacarisse (que posó en el acto del Ateneo) y dos mujeres: de Champourcín y Josefina de la Torre (Méndez estuvo ausente de las dos ediciones, como otras recordadas en tiempos recientes pero cuya inclusión junto a los nombres más prestigiosos exigiría la incorporación

asimismo de una populosa lista de equivalentes masculinos).

La Generación del 27 dejó poemas sobre una España de bandoleros y gitanos pero también con manifestaciones del vértigo de la gran metrópoli; del amor que no se atreve a decir su nombre y de un fervoroso amor heterosexual (que resultó adúltero); de desbordado surrealismo y de neorromanticismo meditativo. También –y esto es más importante de lo que parece, porque acrecienta la obra propia y abre estancias– cultivó la traducción de poesía (el especialista Francisco Javier Díez de Revenga ha reunido estas versiones en *Las traducciones del 27*).

El postre fue amargo. Tres meses de aquella comida en que se celebraba la publicación de la obra de uno de los poetas más vigentes hoy (acaso el que más se sigue leyendo) se producía el alzamiento militar que provocaría la Guerra Civil prolongada durante tres años que directamente acarreo el asesinato de dos de los miembros de la Generación (Lorca e Hinojosa, cada uno a manos de los más facinerosos de los respectivos bandos) y una dispersión que llevó a muchos al extranjero. En España o fuera de ella siguieron escribiendo los supervivientes, y de los que se marcharon un buen puñado radicó en México (gracias a la hospitalidad del presidente Lázaro Cárdenas al principio y luego, fue el caso de Cernuda, tras largo exilio anglosajón y por elección propia).

Si México ganó en diferentes campos profesionales, culturales y artísticos con estos “transterrados” (la expresión es de José Gaos), en el campo de la poesía esta presencia fue enorme, lo mismo en calidad que en cantidad, hasta el punto de que al convertirse para ellos Méjico (forma española de su escritura) en México, con x, podría decirse que también una parte sustancial de la Generación se convirtió en Xeneración. A México vinieron *Litoral* en pleno (de hecho hubo una segunda etapa de la revista en este país): Prados y Altolaguirre. Y también hallaron refugio, gachupines chilangos durante un tiempo (en no pocos casos hasta la muerte), Moreno Villa, Méndez, Bergamín, Gil-Albert, Domenchina, de Champourcín, Rejano y Cernuda. Max Aub, aunque no fue la poesía su principal dedicación como escritor, también es encuadrable en la Generación atendiendo a criterios temporales. En cuanto a Pedro Garfias, este fue dando tumbos por varias ciudades desde que llegó a Veracruz en el paquebote *Simaia* y murió regiomontano.

A diferencia de otros países, más remisos a la hora de juntar números y letras en la taxonomía literaria, España lleva más de un siglo adscribiendo años o décadas a sus oleadas de escritores: Generación del 98, del 14, del 27, del 36, de los Cincuenta, de los Ochenta... Tal vez la de los Novísimos sea la excepción, pero esta sí que fue una operación de marketing editorial, y no la de Gerardo Diego: el superlativo vendía en una España ávida de cambios. La Generación del 27, con ese nombre para entendernos, permanece como un hito insoslayable y más allá de las individualidades geniales (Lorca) da fe de un momento, más que movimiento, único en la poesía peninsular, cuyos ecos –¿no los oís?– están todavía resonando entre nosotros.